

Santa Juana

● JUAN CARLOS BRIE

EL tema de la Doncella de Orleans ha sido profusamente tratado desde 1431 hasta la fecha. Existen memorables versiones de su vida. El teatro, la novela, el ensayo y, modernamente, el cine y la televisión, la han recreado, acertada o caprichosamente, tratando de explicar qué misteriosa fuerza permitió a una simple pastora comandar el ejército francés que detuvo el avance de los ingleses, coronar al joven rey Carlos, y posibilitar la liberación de su querida Francia.

La meteórica vida de esta muchacha, quedama cuando sólo contaba 19 años, y las extrañas circunstancias que la rodearon (su oscuro origen, el mandato divino que decía obedecer, su férreo carácter y sus innegables aptitudes militares), generaron en su derredor una ardua controversia, que lleva ya más de cinco siglos. Si bien la Iglesia Católica se ha pronunciado definitivamente al canonizarla el 13 de diciembre de 1908, en otros ámbitos le discusión se mantiene. Por eso, el lector tiene a su disposición una gran cantidad de material disímil, capaz de satisfacer todos los gustos: Versiones religiosas, épicas, históricas, románticas, psicoanalíticas, satíricas y hasta blasfemas.

El Teatro de Buenos Aires ofrece en la sala del Candilejas una moderna versión del famoso George Bernard Shaw. Se trata de un respetuoso enfoque de la persona de la santa y del continente místico que signaba su vida, así como de un penetrante estudio de la época. La decaden-

cia del feudalismo y el desesperado esfuerzo de los señores por mantener sus privilegios tiene, para Shaw, evidentes concomitancias con la actual crisis capitalista y el avance hacia un mundo socializado. Los profetas, los videntes o los santos que se anticipan al cambio y luchan por él, deben morir por imperio de las mismas fuerzas a las que tratan de dar un nuevo sentido. El reconocimiento, incluso de quienes lo condenan en sus comienzos, llegará tardíamente (tal el epílogo de la obra), aunque este evento no inquieta al autor.

Shaw realiza uno de sus mejores aportes al teatro, con una obra en la que no hay ni villanos ni traidores. Solamente seres humanos que defienden sus creencias o sus intereses con los medios de que disponen y con la pasión que siempre ha caracterizado a los hombres. Así, la villipendiada figura de Cauchon cobra un interesante perfil humano, el del hombre que se equivoca aunque cree proceder con rectitud. De todos los personajes, tal vez el menos claro, el menor justificable (aunque no el menos logrado) es el del Delfín, mezquino y timorato. El autor concede a Santa Juana el beneficio de un contacto singular con Dios: Oye voces y es guiada certeramente en la lucha. Pero no le hace la merced de atribuir sus éxitos al milagro: Juana triunfa mientras cuenta con la ayuda de los suyos. El día en que este apoyo le es retaceado, es capturada.

Por muchos motivos, la pieza comentada puede considerarse como una de las

más, importantes del teatro shawiano. Además, hemos tenido la fortuna de asistir a una espléndida puesta en escena. Jorge Petraglia revela, una vez más, sus grandes aptitudes de director y el cabal conocimiento del oficio. Ha intercalado en el texto un relator que aporta ilustrativamente partes del extenso y jugoso prólogo, con lo que consigue aderezar aún más la obra. Ha marcado eficientemente los contrastes entre las diferentes psicologías de los protagonistas: Juana, valiente y exaltada; Carlos, cobarde y calculador; Cauchon, cegado por la letra de un código religioso; Warwick, político que no repara en medios para obtener lo que busca, etc... Ha sabido, igualmente, darle un ritmo vivaz y destacar los momentos humorísticos. En suma, una dirección encomiable, que nos reconcilia ampliamente con nuestro teatro.

El papel de Santa Juana lo protagoniza Delia Garcés, que cumple una de sus mejores actuaciones en escena. Los años se

han rendido ante su delicada belleza, de modo que alcanza a dar a su papel toda la juventud que necesita, aportando, además, su experiencia y su sensibilidad. Su compenetración del personaje es perfecta y vive tan intensamente su drama que, en numerosas ocasiones, llora lágrimas auténticas. Correcto Roberto Aulés como el relator. Jorge Petraglia compuso un acertado y antipático Delfín y Ariel Keller se lució en un Cauchon diferente al habitual. El resto del elenco se desempeñó con suma corrección.

La escenografía y el vestuario de Leal Rey son dignos de la obra. Un escenario sobrio, todo en gris, con un practicable y dos ventanas al fondo, le han bastado para crear un clima extraordinario. Los muebles, rústicos y pesados, se adecúan perfectamente a la época y, por último, los trajes, de un exquisito buen gusto, son el toque que termina de seducir al espectador y concitar sus más cálidos elogios. ♦

"premio internacional de pintura-Instituto Torcuato Di Tella, 1963"

● HORACIO SAFONS

LUEGO de haber expuesto los datos y referencias necesarios para conocer las finalidades y obra del Instituto Torcuato Di Tella (Estudios N° 547), nos abocaremos a comentar la parte plástica.

En principio, debemos señalar que en modo alguno este Premio ha reunido los valores más significativos del movimiento plástico internacional, ni del nacional. No se nos muestra, siquiera aproximadamente, el rico, intenso y variado mundo plástico de hoy día, y en el aspecto que concierne a lo nacional, no están los mejores talentos, ni los jóvenes más consiguientes y disciplinados del quehacer artístico.

Teniendo en cuenta esto, y las obras que concursaron en el Premio Internacional, nos parece acertado que el mis-

mo fuera otorgado al argentino Rómulo Macció, pese a que la estructura de sus obras no alcanza para sostener la densa expresividad del color, toda vez que la incorporación de numerosos y distintos elementos, opuestos y/o concordantes, no obstante buscar una fuerza de tensión, se quedan en la simple vehemencia y producen una evidente discordancia. Pero, indudablemente, ante un Pucciarelli y un Testa, elegantes sin compromisos, o un Hans Platschek, atiborrado de efectos y superficialidad, Macció descuella con sólo aproximarnos a una sugerencia de espontaneidad, complejidad y misterio.

Con excepción del polaco Maryan, que no sabemos si ironiza o si teme, si sus imágenes son dominadas o lo dominan, y